

*La gente tiene estrellas que no son las mismas.
Para los que viajan, las estrellas son guías;
Para otros sólo son pequeñas lucecitas.*

Antoine de Saint-Exupéry, "El Principito"

Por Pascale Naveau

¿Dónde nací? ¿Dónde voy a nacer? En el cruce de estas dos cuestiones, se encuentra la historia de diversas generaciones que brotan de los relatos de millones de familias migrantes a través del mundo. Situándose en un tiempo, donde la esperanza es la premisa de una nueva vida y la añoranza de un cuadro de un pasado lejano, salpicado de dulces recuerdos, estos migrantes son el fruto y, al mismo tiempo, las víctimas de la globalización.

Esta globalización que para algunos se traduce en transacciones financieras, el imperialismo cultural norte-americano y las decadentes vacaciones del "*sprig break*" en la Riviera Maya es, para millones de personas, un factor de pauperización y de desigualdades sociales. Al mismo tiempo en que algunos se dan cita en las playas mexicanas para llevar a cabo un paréntesis festivo, otros tratan de huir de su país y de la dura realidad que existe, en búsqueda de perspectivas futuras al norte del Continente Americano.

Es precisamente en estas personas, los migrantes o trans-migrantes –el término los designa por lo general como tributarios de realidades subjetivas e independientes de la voluntad del sujeto en cuestión– que diversos proyectos artísticos han sido creados. Denunciar, documentar y hacer visible la causa de los migrantes se ha convertido para el artista y amigo Cristian Pineda como una necesidad personal, pero también, un deber hacia estas personas cuya drástica vulnerabilidad los reduce, sin la menor defensa, a condición de víctimas.

13 de julio de 2012. Un primer encuentro con el artista y horas de discusión me convencieron como nunca de la importancia del arte en las cuestiones y los conflictos socio-políticos contemporáneos. Allí donde las autoridades políticas no llegan (por voluntad o por acoso) más a garantizar la seguridad social, política y económica, allí, donde los escritores no encuentran más las palabras para describir el sufrimiento del hombre y allí donde los padres y las madres de las familias no pueden más garantizar el futuro de sus hijos; el arte presenta un instrumento alternativo a las virtudes, por decir, mágicas.

No tardó mucho para convencer a Cristian Pineda sobre la urgencia en intervenir por medio de su arte en los problemas socio-económicos de su país. Originario de Juchitán, las historias sobre los migrantes le son familiares desde su más tierna infancia. Su profundo y personal conocimiento del problema influye desde siempre su manera de considerar el término de la "movilidad humana". Este término cuenta con la particularidad de cubrir diversos conceptos y permite así hacer de cada obra una creación implícita sin necesidad de recurrir a categorías determinadas. Sin duda, por esta razón, el público encontrará en las obras de Cristian Pineda momentos en los que se invocan elementos como la desaparición, la violencia, la esperanza o lo desconocido.

A lo largo del tiempo y, principalmente durante los meses de convivencia al lado de los migrantes, la causa de ellos dejó una huella indeleble en la creación artística de Cristian Pineda. Llevando consigo esta riqueza de conocimientos, él encontró en el término "movilidad humana" una fuente de inspiración y de creación. Pero, para el artista, el arte no se detiene en su función creadora de obras.

Mientras que nuestras sociedades viven desmembramientos sociales transcendentales, el arte no sólo presenta una manera de navegar poéticamente a través de estos conflictos, sino que además constituye también un verdadero instrumento de reconstrucción del tejido social. Teniendo la virtud de reunir a los seres humanos en torno a un mismo proyecto, el arte permite de superar las diferencias, de liberarse de lo no-dicho y de tocar a lo humano en lo más íntimo. De cara a los inoperantes, y en ocasiones incongruentes, instrumentos que el Estado emplea para enfrentar las consecuencias de este desmembramiento, como la violencia, el arte presenta un elemento precursor abordando el problema a partir de un mal profundo de nuestras sociedades modernas.

“Tú no eres para mí que un pequeño niño más que se parece a cientos de miles de pequeños niños. Y no te necesito. Ni tampoco me necesitas. Yo no soy para ti, sino un zorro que se parece a cientos de miles de zorros. Pero, si tú me domesticas, nos necesitaremos uno del otro. Tú serás para mí, lo único en el mundo. Yo seré para ti, lo único en el mundo...”

Retomando las palabras de Antoine de Saint-Exupéry, el trabajo de Cristian nos hace pensar que el malestar de nuestras comunidades reside en la complejidad del carácter cada vez más individualista de la sociedad contemporánea. Por tanto, podemos considerar el arte como un instrumento de domesticación extraordinario que permite unir a la gente y crear una reciprocidad en el intercambio de miradas, de palabras y de sentimientos.